

EL CREPÚSCULO DE LOS PROFESORES

Bruce S. Thornton

Intercollegiate Review, 34.2, (Spring 1999), págs 8-12.

<http://www.theimaginativeconservative.org/2013/08/the-twilight-of-the-professors.html>

Traducción: Alberto Mansueti

El modelo ideal tradicional del “profesor”, aquel buscador de la verdad, vagamente excéntrico y poco práctico, algo bamboleante como el filósofo griego Tales de Mileto, ha desaparecido, o casi. Era aquella una caricatura, obvio, un estereotipo, pero al menos capturó la esencia de lo que debe ser un profesor: alguien cuya vida es una pasión consumida en la búsqueda de las ideas, los conocimientos, y la verdad, como bienes dignos en sí mismos, al margen de sus beneficios prácticos, e igualmente apasionado y dedicado al transmitir esa verdad, escribiendo o impartiendo clases.

Tal criatura será irritante para el resto de la sociedad, y estará al margen de sus valores dominantes, porque a fin de cuentas esta búsqueda de la verdad es necesariamente crítica, y muchas veces contraria, a las otras instituciones sociales, que con harta frecuencia se sienten cómodas con un conocimiento falso, aunque emocional y económicamente gratificante, pero sin embargo con perniciosas consecuencias a largo plazo. Como Sócrates, el verdadero profesor debe ser molesto e inquietante, porque cuestiona de continuo esa cápsula de sabiduría recibida, en la que se refugian sus contemporáneos.

Pero este tipo de profesor casi ha desaparecido. En estos días el “homo academicus” ya no descende de Tales y Sócrates, sino que surge de los lomos de Mammon. Muchas son las causas de su desaparición, y la más obvia es la politización del profesorado, que ha sacrificado la búsqueda de las ideas y la verdad, en el altar de diversas ideologías, supuestamente “liberadoras” del docente, de las que ahora se imagina como servidor. Hace 70 años, el francés Julien Benda escribió un libro cuyo título todavía describe y enjuicia con precisión este fenómeno: “La traición de los clérigos” (La trahison des clercs, 1927).

[1] Traducida al inglés por Richard Aldington, *The Treason of the Intellectuals*, New York, 1928. N. del T.: Con la palabra “clérigos”, Benda aludió al origen medieval y clerical de la profesión intelectual.

En días de Benda, la ideología que los intelectuales servían a costa de sus tareas era el nacionalismo, "instando a sus semejantes a seguir otras religiones, en vez de la religión de lo material." Ahora el dios falso al que muchos intelectuales universitarios han sacrificado su llamada, es una extraña mixtura de política terapéutica de izquierda, con anti-racionalismo posmoderno.

Quien aún dude de que el profesorado, sobre todo en humanidades y ciencias sociales, se pueda caracterizar políticamente así, puede tomar al azar un libro o artículo académica reciente, y ver todas las premisas políticas y filosóficas que traiciona. Como ejemplo, la siguiente declaración sobre la importancia del “Ajax” de Sófocles en la actualidad. Es tomada de una reciente colección "vanguardista" de ensayos, dirigidos a demostrar la eficacia de la teoría posmoderna en el estudio de los clásicos:

...nosotros también en nuestra cultura tenemos que luchar a brazo partido con nuestras profundas inversiones emocionales, en nuestro John Wayne, y en otras figuras cuyos esencial brutalidad, torpeza moral y bloqueo emocional de género, se nos invita constantemente a perdonar... ¿por qué? Tal vez porque somos vagamente conscientes de que, como sociedad, todos nuestros privilegios derivan del genocidio de los indios americanos, de la trituración de Japón, de la devastación de Corea y Vietnam, y asimismo, no menos importante, de la brutal y sistemática represión de los delincuentes en el interior de EE.UU., que hacen por nosotros todos nuestros héroes militares y policíacos.

[2] Peter W. Rose, “Historicizing Sophocles’ Ajax,” en *History, Tragedy, Theory: Dialogues on Athenian Drama*, ed. Barbara Goff, Austin, 1996, pág. 75.

La asombrosa ignorancia histórica de estas frases, el reduccionismo, la trillada psicologización, la gratuita suposición de superioridad moral, por desgracia son muy típicos de gran parte de la literatura universitaria. Siempre ese mito multiculturalista de la historia, como un melodrama terapéutico, donde malvados caucásicos occidentales brutalizan y oprimen a la "gente de color" amante de la paz. Lo repiten y repiten mil veces, con el fervor robótico de los cultistas fanáticos en los aeropuertos.

La omnipresencia de estas actitudes en la universidad es muy evidente, y uno se pregunta por qué ya nadie se molesta en refutarlas. No sólo en los escritos académicos o las ofertas de los cursos; en cada documento generado en la mayoría de las universidades, en cada evento que patrocinan, en cada programa que promocionan y financian, cantan religiosamente todos los mantras del multiculturalismo, como amuletos mágicos para conjurar las eventuales acusaciones de elitismo hegemónico y eurocéntrico.

Lo que se pierde con esta adhesión fervorosa a una ideología cuestionable, es el sentido de misión de la Universidad: fomentar "el libre juego de la mente sobre todos los temas", como dijo Matthew Arnold, y estimular el "instinto que lleva a la razón a tratar de conocer todo lo mejor que se supo y se pensó en el mundo, con independencia de la práctica, la política o cualquier otra cosa; y a valorar el saber y el pensar en tanto se aproximan a esto mejor, más allá de cualquier otra consideración que sea."

[3] Matthew Arnold: "The Function of Criticism at the Present Time," en Selected Prose, edición P.J. Keating, Harmondsworth, 1970, 141-42.

Lo que se enseña ahora se impulsa por "políticas de identidad", o sea, todo lo que gratifica la sensibilidad, estimación y prejuicios de las "víctimas certificadas" por el Estado, y por sus auto-elegidos tribunos, que aprovechan su poder institucional como supuestos representantes de los "oprimidos" y los "explotados".

El resultado neto es un supremo antiliberalismo, diametralmente opuesta a la "educación liberal" a la que los enseñantes supuestamente se dedican, y un anti-humanismo que desafía los supuestos fundamentales de la democracia moderna, y las bases mismas de los derechos humanos propios de individuos racionales y autónomos. Aquí también Benda fue profético: en los intelectuales traidores de su época, muchos de los cuales, recuerda, pasarían a contribuir a la barbarie fascista y comunista de los años '30 y '40, ya vio ese desprecio por el universalismo, la fetichización de la práctica "liberadora" de los asuntos espirituales, y esa idolatría del particularismo étnico y la especificidad "cultural" ...todo muy similar a la actual ideología multiculturalista.

[4] Benda, páginas 79, 103, 117.

Pero los "clérigos" de hoy son afectados también por algo también destructivo de la educación liberal: la epistémica juvenil, el nihilismo ético, ontológico y lingüístico del posmodernismo y el post-estructuralismo.

El postmodernismo y el multiculturalismo son en esencia contrarios uno del otro, e inconciliables en el fondo, pero no les importa a estos educadores de poca educación y pobremente entrenados, dominantes hoy en las humanidades y ciencias sociales. Como ya hace años lo señaló E. P. Thompson, padecen de una "preparación intelectual muy amateur, que les incapacita para detectar absurdos manifiestos y errores filosóficos elementales."

[5] E. P. Thompson: *The Poverty of Theory*, N. York, 1978, pág. 3. N. del T.: Probablemente la mayor contradicción es entre el multi-culturalismo, que afirma y enfatiza las identidades de cada cultura, y el Posmodernismo relativista, que hace exactamente lo contrario: relativiza las distinciones y distancias entre las culturas.

Pero sería un error atribuir el fenómeno sólo a una caída en la vieja política de los '60, y en el morbo gálico de la teoría posmoderna. Los "radicales titulares" han corrompido desde el interior la enseñanza para impulsar su agenda de izquierda; eso es cierto, pero si lo dejamos así nada más, se oscurecen otros factores y aspectos. Y les brinda a los profesores "políticamente correctos" un mito halagador sobre su atrevida "rebelión contra el sistema".

Esos docentes politizados no son rebeldes, son "hombres de empresa", como lo puso Camille Paglia: "Son unos Rosencrantz y Guildensterns privilegiados, unos oportunistas aprovechados, que surfean la ola de la moda."

[6] Camille Paglia: "Junk Bonds and Corporate Raiders: Academe in the Hour of the Wolf," 1991; reimpresso en *Sex, Art, and American Culture*, New York, 1992, pág. 210. N. del T.: Rosencrantz y Guildenstern son dos personajes del Hamlet de Shakespeare, cortesanos oportunistas y arribistas sin escrúpulos. "Radicales titulares" es un libro de 1990, *Tenured Radicals: How Politics Has Corrupted Our Higher Education*, por Roger Kimball, contra los docentes munidos con el "tenure" (titularidad), una garantía de inmovilidad absoluta en sus puestos. "Morbo gálico" o mal francés, se llamaba antes a la sífilis, venida de Francia, como el Posmodernismo.

Se han asimilado por completo a un sistema universitario burocratizado y jerárquico, basado en premios y recompensas en vil metal. Son las razones más profundas: la transformación de la universidad, de ser un refugio para los buscadores de la verdad, impartiendo una educación liberal, tras varias décadas, hasta ser ahora una industria utilitaria, entrenando a unos futuros técnicos y "expertos", como un negocio con fines de lucro.

Por gran parte de este siglo, la universidad ha tratado de defender la educación liberal en contra del sesgo utilitario.

[7] La historia se puede leer en Russell Jacoby: *Dogmatic Wisdom, How the Culture Wars Divert Education and Distract America*, New York, 1994, págs. 92-119.

Pero hubo oportunidades de lucro y prestigio para una profesión que siempre fue muy pobre, y un rápido crecimiento de la educación superior, impulsado por la prosperidad de posguerra, la “Ley G.I.”, la peculiar doctrina estadounidense del ingreso a la Universidad como derecho universal, y la percepción de nuestros estudiantes como inferiores a los de otros países enemigos en la Guerra Fría y rivales económicos.

Este “boom” llevó a la creación improvisada de universidades, calcadas de los modelos burocráticos corporativos, con su división del trabajo en departamentos, jerarquías administrativas, y sindicatos. Y todo financiado con hartos dólares federales para estudiantes y universidades por igual. A comienzos de los '90, el 60 % del gasto de las universidades, públicas y privadas, se pagó con plata del Gobierno federal.

[8] See George Roche, *The Fall of the Ivory Tower: Government Funding and the Bankrupting of American Higher Education*, Washington, D.C., 1994, 72. N. del T.: “G.I.” se llama en EE.UU. a todo lo relativo al Ejército. La Ley (G.I. Bill) de 1944 fue una ley para financiar estudios a los soldados que venían de la II Guerra Mundial.

La explosión universitaria tuvo efectos desastrosos en la calidad del profesorado. Para satisfacer la demanda creciente hubo que fabricar docentes a gran velocidad, para todas las nuevas "universities" y "colleges" creados como por el Mago de Oz, en base a las antiguas escuelas normales e institutos de los Estados. La caída hacia la mediocridad también fue rápida, en tanto las normas para los estudiantes y profesores tenían que ser degradadas para dar cabida a la gran cantidad de unos y otros.

En su libro “*Impostores en el Templo*”, el economista Martin Andersen señaló que las cualidades que hacen a un verdadero intelectual académico son excepcionales, por lo menos tanto como las que hacen a un jugador de la NBA. ¿Qué sería de la calidad del juego en la NBA, si de pronto ampliamos el número de equipos de 30 a 3.000, y a todos los jugadores les garantizamos empleos, mediocres incluidos, y de por vida? Algo así le pasó a la Universidad en los últimos 50 años.

[9] Martin Andersen: *Impostors in the Temple*, New York, 1992, pág. 32.

El flujo de dinero, y la proliferación de oportunidades de lucro, transformaron el aula en sólo otro lugar más para el oportunismo y el auto-elogio. El "profesor despistado" fue reemplazado cada vez más por el burócrata de la enseñanza ("educrat"), que no piensa en términos de un desarrollo poco práctico de la conciencia crítica y la alfabetización cultural del estudiante como individuo, sino en términos de poder, prestigio, expansión institucional y dinero, obsesiones casi siempre destructivas de los peculiares valores no utilitarios y excéntricas de la educación liberal.

La nueva clase de administradores educativos, y los docentes, han sido igualmente agresivos en husmear los bolsillos de los ricos, buscando subsidios del gobierno federal, y de los plutócratas filantrópicos. Lo que Robert Nisbet ha llamado "el capitalista académica, el empresario docente, nuevo hombre de poder." Charles J. Sykes lo llama "Prof/Mafia", nuevo homo academicus, "extraño mutante en la academia del siglo XX, con las pretensiones de un clérigo, la astucia de un médico brujo, y el alma de un burócrata".

[10] Robert Nisbet: *The Degradation of the Academic Dogma: The University in America, 1945-1970*, N.Y. and London, 1971, pág. 75. [11] Charles J. Sykes: *Prof/Scam: Professors and the Demise of Higher Education*, Washington, D.C., 1988, págs. 4-5. N. del T.: "Scam" es un término que se usa para referirse a una mafia.

Ya no hay compromiso de por vida del profesor con la razón, para decir la verdad tal como él la sabe. El capitalista académico se dedica a la auto-promoción profesional, y a lograr cada vez mayores beneficios, status y dinero, en forma de cómodos nombramientos en las universidades de prestigio, reducción de las cargas docentes, fondos del Gobierno y de financistas dudosos, contratos en industrias de consultoría, y prebendas para los "institutos" y los "tanques de pensamiento". Estas metas ocupan todo su tiempo y energía, y de ambos, poco queda para el aula, y para la investigación seria y no comprometida.

Hace lo Nisbet llama "investigación conspicua", significativa no por la calidad sino por la cantidad. Y movida y regida no por demandas de verdad y progreso en conocimientos válidos, sino por exigencias de prejuicios, ideologías y dogmas al día, que determinan quién publica, quién obtiene contratos y ascensos, "tenures", viajes, conferencias y "redes", mejores puestos, y entrada a "grupos de reflexión" y centros "acreditados", becas, subsidios y sinecuras. El conformismo es mucho más

valorado que la originalidad, y la moda intelectual tiene mucho más peso que la verdad.

[12] Nisbet, op. cit., pág. 109.

Y lejos de ser realmente un crítico de una sociedad utilitarista y materialista, tal como perora, el profesor universitario se ha convertido en otro oportunista, hambriento de recompensas materiales.

[13] El “carrerismo” ha matado la Educación Clásica, exponen Victor Davis Hanson y John Heath en *Who Killed Homer? The Demise of Classical Education and the Recovery of Greek Wisdom*, New York, 1998.

Dada la ubicuidad de capitalismo académico, la parte “conservadora” de los ex-radicales de los ’60 o los posmodernos, que pretende socavar la universidad desde dentro, pierde su punto. Son subversivos, sí, pero no de los valores y ortodoxias reinantes en el mercado corporativo, amoral y filisteo, en el que ellos mismos se han asimilado sin problemas. A fin de cuentas el relativismo ético, el nihilismo epistemológico, el imperativo terapéutico, y la expansión multicultural de las opciones del consumidor, son no solamente compatibles con el “nuevo orden económico mundial”, sino de su misma esencia.

[14] Los multiculturalistas radicales lo saben. David Theo Goldberg describe un “multiculturalismo de las grandes corporaciones”, con su ideología “academicista de centro, adoptada de las empresas multinacionales comprometidas con los grandes principios de la izquierda filosófica”. En *Multiculturalism: A Critical Reader*, ed. David Theo Goldberg, Cambridge, Mass.: 1994, pág. 7.

Los "radicales titulares ", son subversivos, pero ¿de qué valores? De los tradicionales de la educación liberal, de la vida de la mente y la conciencia crítica, ninguno de los cuales son prácticos en lo inmediato, ni rentables. Esos valores son los más mortales enemigos de las que Orwell llamara "pequeñas ortodoxias hediondas."

Nada podría estar más lejos de la conciencia crítica que por. ej. la actitud de adoración servil a la autoridad consagrada, típica de la academia posmoderna, hábito mental que se inculca desde el primer día de clases de Posgrado, evidente en esa obsecuente deferencia a los charlatanes franceses de cuarta como Jacques Derrida o Michel Foucault.

Todo ese variopinto grupo de marxistas, carteleros de la izquierda blanda, feministas radicales, ingenieros sociales, deconstruccionistas, multiculturalistas y otros guerreros posmodernos contra la hegemonía corporativa y el patriarcado, son nada más que los bufones de la corte del capitalismo de consumo en masa, que tolera sus payasadas porque están implicados en los mismos valores del sistema arribista y carrerista, tanto como sus primos conservadores. Son devotos de Mammon, ese es el rostro del dios ante el cual se arrodillan, bajo la cubierta de política de izquierda y posmodernismo.

En su mayor parte estos profesores están totalmente incapacitados y paralizados para la real vida de la mente, y para la devoción genuina del profesor a las ideas y a la verdad. Por su formación mediocre y por su hiper-especialización en lo trivial.

Pero su mediocridad es recompensada por una burocracia jerárquica que valora más la conformidad, el formalismo y los pequeños “prestigios”, mucho más de lo que aprecia la sustancia y los conocimientos.

¿Es acaso de extrañar que abracen ideas incoherentes, escriban mal, y que sean incapaces de comprometerse con firmeza ante un público lego, combatiendo con entusiasmo por su materia y su importancia en una conferencia abierta?

Si estoy en lo correcto, la luz se irá apagando, y la noche se acerca veloz. El imperativo utilitario es cada vez más potente y arrollador, sea en la izquierda multicultural, con su deseo de hacer de los estudiantes unos "hombres nuevos" con valores políticamente correctos, o sea en la derecha económica, con su deseo de más técnicos para el Nuevo Orden Mundial. Todas las instituciones seguirán recitando los mantras de la “relación costo-beneficio” y mejor "servicio al cliente". Buscando tecnologías informáticas, cintas de vídeo y televisión para mejor "entrega del producto" a sus "consumidores", listos para su capacitación laboral y promoción profesional.

La Universidad virtual del futuro no va a necesitar al antiguo profesor, aquel peculiar y problemático buscador, apasionada por la verdad. Aquel tábano socrático que se plantaba ante al poder para decirle la verdad y despojarle de sus ilusorias vestimentas; que creía, como Sócrates, que "la vida no examinada no es digna de un ser humano", no importa lo materialmente próspera que fuese. Que creía apasionadamente en la conciencia crítica como mejor garantía de libertad y autonomía para el individuo.

Ahora, en este momento, sólo podemos imaginarnos las oscuras consecuencias que van a seguir al silenciamiento de aquella voz disidente.

Los libros mencionados en este ensayo se pueden ubicar en la librería de The Imaginative Conservative